



## LA PASIÓN DE JESÚS

Mateo 26, 36-75; 27, 1-66



**Canto:** Nada te turbe,

**Oración inicial :** Tras las huellas de Jesús

- Señor, se inicia la semana que nos prepara para el paso liberador de la Pascua. Aquí estamos, a tu lado, como cada sábado dispuestos a iniciar el camino y seguir tus pasos hacia la cruz que da vida.
- Enséñanos a hacer silencio, para escuchar al Dios que nos habla desde nuestro interior, aquí, en la vida de la cárcel, y sobre todo a través de nuestras débiles esperanzas. Ayúdanos a hacer silencio para aprender a escucharte como tus discípulos, en camino, de tu mano, animados por tu Espíritu, descubriendo siempre la voluntad del Padre.
- Enséñanos a orar como Tú. Llamando Papá a Dios, confiándonos en sus manos, buscando su voluntad, pidiendo con fuerza y coraje que llegue la Justicia prometida, que haya Pan para todos.
- Ayúdanos a orar para conocer lo que Dios quiere, lo que nos pide, lo que sueña para nosotros. Ayúdanos a vivir para los otros, olvidando nuestros problemas haciendo de cada día la oportunidad de vivir como un buen samaritano, con las manos abiertas para dar.
- Enséñanos, Señor, a aceptar la cruz del seguimiento. Ayúdanos a tomar tu cruz cada día, para morir a nuestros egoísmos, mezquindades y bajezas, todos las tenemos y necesitamos purificarlas.
- Durante esta Semana Santa queremos seguir tus pasos y hacer tu camino. Abandonarnos en el Dios de la Vida para que El nos renueve, y nos haga nuevos en el Espíritu.
- Jesús, hermano y compañero, queremos ir tras de ti: desde el silencio, la oración, el servicio y la cruz, nuestra propia cruz.

CAMINAMOS CONTIGO, SEÑOR,  
PARA APRENDER  
A CONVERTIRNOS.

- Que así sea, Señor de la Vida -

## Introducción

Hoy, nuestro tiempo de catequesis queremos convertirlo en un acto de oración, ya hemos empezado cantando y rezando. Por este motivo, más que hablar nosotros deseamos escuchar con fe y reverencia profunda la Palabra de Dios, que será el contenido principal de nuestra sesión.

Estamos en tiempo de Cuaresma, tiempo de esfuerzo, un tiempo favorable que se nos concede para la conversión en nuestro caminar hacia la Pascua de Resurrección. Durante la próxima semana, Semana Santa, celebraremos el gran misterio de todos los tiempos, lo más importante que ha ocurrido desde que el mundo es mundo...: la **redención**.



Esa redención consistió en la "venida de Dios al mundo", encarnado en Jesús, para asumir así nuestra representación y "pagar" por nosotros a Dios una reparación por nuestros pecados. Y es por eso por lo que Jesús sufrió increíbles tormentos en su Pasión y Muerte, para "reparar", redimiendo y rescatando a la Humanidad, y consiguiéndole el perdón de Dios.

Comienza, pues, la "semana mayor" de todo el año. La Semana Santa se ha convertido en muchos lugares en una "mini vacación". Hablar aquí de "vacación" no suena nada bien, seguro. Ojalá, pues, que todos nosotros nos planteemos celebrarla bien. Si tenemos posibilidad, dediquemos este tiempo en el ambiente que tenemos, en la

situación que estamos, para saber lo que en nuestra agitada vida diaria nos vemos imposibilitados de cuidar suficientemente: nuestra profundidad, nuestra oración, nuestra paz interior, nuestro asumir lo que somos y lo que cada uno de nosotros hemos hecho...

Hoy nos toca meternos de lleno en la Pasión de Jesús, uno de los momentos cumbres de la Semana Santa, vivir junto a Jesús en esos instantes que corroboran el sentido de su vida, de su entrega.

La Pasión de Jesús, la hemos escuchado tantas veces...y seguro que conocemos y recordamos, quizás mejor, la versión de otros evangelistas. Es igual, pero ahora vamos a poner atención y con mucho respeto, al relato que Mateo nos presenta.

## Lectura de la pasión de Jesús, según San Mateo

### Canto: Escuchamos la canción "CRISTO"

**Aportemos ahora con toda libertad y espontaneidad una breve oración, un comentario o una expresión de sentimientos fruto de lo que el Espíritu nos ha hecho sentir al escuchar la Palabra de Dios.**

**Lector 1** Este relato evangélico es de capital importancia para nuestra fe. Jesús, el Verbo de Dios encarnado de la Virgen Maria viene a nosotros para comunicarnos la Buena Noticia de que nuestra dignidad es grande; valemos mucho porque Dios nuestro Padre y Creador nos ama. Valemos mucho porque Jesús ha querido compartir nuestra naturaleza humana con sus anhelos y esperanzas, con sus penas y oscuridades, con nuestro dolor y la misma muerte. Nuestra vida, así sí que tiene sentido. No somos fruto del azar, sino del amor y la ternura. Nuestro futuro es la felicidad con Dios para siempre.

Pero Dios sabe que somos débiles y que el gran don de la libertad que Él nos regaló corre el riesgo de inclinar nuestra voluntad hacia caminos oscuros de perdición y de pecado que nos llevan a la desdicha. De ahí arranca la decisión del Padre amoroso de ofrecernos a su Hijo como guía, como hermano, como luz y salvación para todos.

Hemos ido viendo durante las anteriores sesiones de catequesis todo el proceso de ese gran misterio de la Encarnación del Verbo en el hombre Jesús: su nacimiento, su predicación, su lucha contra el mal y el dolor del hombre. También el odio y menosprecio de sus enemigos que llegan a desearle la muerte y que consiguen su traidor objetivo.

Precisamente hoy comentando el Evangelio de Mateo hemos constatado una vez más el fruto del odio de unos hombres concretos de su tiempo que obran por cuenta propia pero también lo hacen en nombre de nuestros pecados. Démonos cuenta, pues, que compartimos la responsabilidad en ese gran crimen contra una víctima inocente: Jesús de Nazaret.

**Lector 2** A lo largo de la historia de 2.000 años después de haberse producido el crimen más horrendo e impensable : el asesinato del mismo Dios por su criatura el hombre, han sido miles de hombres y mujeres ateos, agnósticos, e indiferentes que sólo de leer este relato hecho de sangre y amor, de vilipendios y misericordia han descubierto el sentido de sus vidas y han tomado el rumbo de la santidad, o sea el camino de la fe en Jesús, de su seguimiento radical, de su donación a los demás hasta incluso, como su Maestro llegando a ofrecer sus vidas en holocausto al amor de Dios: son los que llamamos mártires, los que mueren por lo que creen.



La cruz se convierte en señal para que se reconozcan los que creen en Cristo crucificado. Con este signo anuncian que el amor de Dios se ha plantado en nuestra tierra. La cruz es la indicación, la primera señal de un mundo nuevo en donde se lucha contra el odio con el perdón, en donde se comparte con todos, en donde uno se vuelve a Dios como a un Padre, en donde se rechaza la marginación, en donde el corazón humano escapa del poder del mal, en donde las fuerzas de muerte quedan destrozadas. Hacer la señal de la cruz significa claramente: «Aquí estamos, Señor, para amar como tú amaste!»



**Lector 3** Dos maderos para una cruz. En la cruz de Cristo se unen para siempre el madero vertical, amor a Dios, y el madero horizontal, amor al prójimo. No existe la cruz sin la unión de ambos maderos. No existe el amor cristiano sin la unión de ambos amores en el único misterio de la cruz. Es importante esta afirmación porque no es pequeña la tentación de separar lo que Jesucristo ha unido para siempre. La tentación de amar tan exclusivamente a Dios que nos olvidemos de los hombres; o la tentación de amar tan exclusivamente a los hombres que nos olvidemos de Dios. Esta tentación, si no es vencida, trae consigo consecuencias bastante dañinas. Por ejemplo, se deja la oración porque "la entrega a los demás y las actividades en favor de los demás son ya

oración". O se ha llegado a tal "perfección" en el amor a Dios que se puede con libertad murmurar y hablar mal del prójimo con la conciencia tranquila. Puesto que es mucho más difícil mantener unidos estos dos amores que separarlos, hemos de estar muy atentos sobre nuestras actitudes y nuestros comportamientos para con Dios y para con nuestros hermanos. Si al final de cada día, cada cristiano, cada uno de nosotros, examinara su conciencia sobre este amor "nuevo" y se propusiese ir progresando día tras día en el amor, la vivencia del cristianismo mejoraría en muchos de nosotros. Lo más significativo de estos dos amores, vertical y horizontal, es que constituyan una cruz y no una cómoda butaca. La experiencia y la vida de Jesucristo nos dicen elocuentemente que el amor cristiano, llevado a sus últimas consecuencias, termina en una cruz. Desde esa cruz el amor se abre a los cuatro puntos cardinales, se hace universal.



**Lector 4** A Jesús se le hace presente todo el sufrimiento de la crucifixión. De esto se trata. De amar a pesar de los pesares. Y viene la angustia, el desasosiego, las lágrimas, el desaliento. Ha comenzado la Pasión cruel en su alma. Pero no cede, sigue rezando, y sigue amando la

voluntad del Padre que también es la suya, y ama a todos los hombres, todos nosotros, que somos también causantes de ese dolor.

Jesús llama a su Padre, con acentos de hijo pequeño, le llama "Abba". Él es el Hijo que cumple la voluntad amorosa del Padre. El Padre quiere salvar a los hombres por la línea del máximo amor; y el Hijo quiere esa voluntad que costará tanto dolor. Ese es el precio de la salvación de los hombres: un acto de misericordia que cumple, al tiempo, toda justicia.



Todo el cuerpo está empapado en ese extraño sudor de sangre. La angustia del alma llega ser terror; pero no le vence, no desiste Jesús de su empeño de entregarse. Quiere la voluntad del Padre, que es la suya, no la del cuerpo que se resiste, lleno de pavor.

El mundo está en continuo acto de renovar la pasión del Señor; y puesto que la inmensidad de Jesús envuelve a las criaturas por dentro y por fuera, estando en contacto con ellas, se ve forzado a recibir clavos, espinas, flagelos, desprecios, salivazos y todo lo que sufrió en su pasión y aún mucho más. Ahora bien, puede ser que alguno de nosotros, quizás más de uno, está pasando, por los motivos y circunstancias que hayan sido, en unas situaciones que puedan parecerse, salvando las distancias, claro, al sufrimiento de Jesús. Pongamos como hizo Él, su total confianza en el Padre, que se cumpla su voluntad.

**Lector 5** A su madre, la Virgen María nunca se le escapó el dejar de pensar en la pasión de su Hijo Jesucristo y a fuerza de repetirla se llenó totalmente de Dios. Así nos puede suceder también que a fuerza de repetir lo que sufrió Jesús podamos llenarnos de Él.

El amor de Dios es fuego, pero no como el fuego material que destruye las cosas y las reduce a cenizas; el fuego Divino vivifica y perfecciona, y si quema, es por que consume todo lo que no es santo, los deseos, los afectos, los pensamientos que no son buenos; esta es la virtud del fuego Divino: quema el mal y da la vida al bien, de manera que si el alma no siente en si ninguna tendencia hacia el mal puede estar segura de que el fuego Divino está en ella, si en cambio siente en sí fuego y a la vez

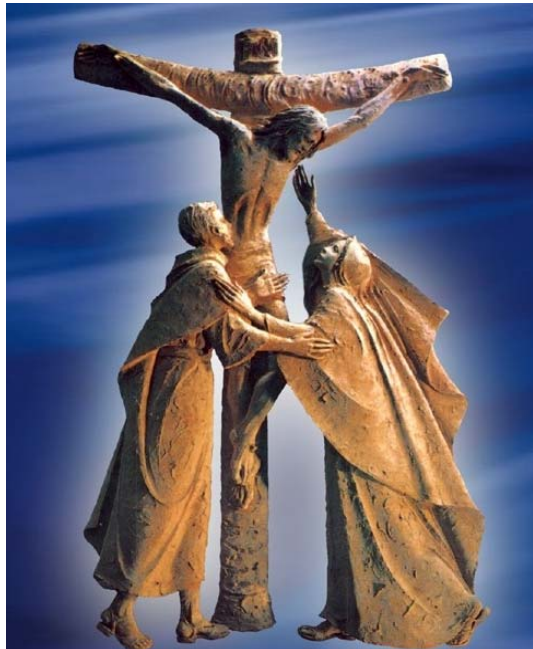


mezcla de mal, hay mucho que dudar de que se trate del verdadero fuego.

Los crucificados de hoy no están expuestos en la colina; no hay clavos ni maderos; los vemos por todos los rincones del mundo: países que pasan hambre, pueblos privados de libertad y entregados a los caprichos de algunos, refugiados sin tierra y sin dinero, poblaciones acorraladas en campos de concentración, familias dispersas por la guerra, pobres sin posibilidades de salir de su pobreza..., sin esperanza, sin amor, llenos de miseria, enfermos que no pueden más. ¡Están crucificados! ¡Entre ellos, y por nosotros, Cristo Jesús!



**Lector 6** ¡Ese es nuestro Dios: un Dios crucificado! Si hubiera querido dominar o mostrar su omnipotencia, no habría obrado así. Lo que lo llevó a la cruz fue su voluntad de hacer a los hombres felices. Viéndolo así, al Señor crucificado, vemos que el amor de Dios tiene sin duda comportamientos extraños: nace entre pajas, se hace uno de nosotros, lava los pies de sus apóstoles, se da en alimento en la Eucaristía y ahora se deja despojar, clavar, exponer a la vista de todos para que muchos recobren esperanza. En la cruz, Dios se muestra de verdad: por cariño, está dispuesto a todo por los hombres, incluso a pedir al Padre su perdón para los verdugos e incluso nos entrega a su Madre como Madre de todos nosotros. No le interesa la gloria; si así fuera, no habría tomado la cruz. No le interesa el lujo; si así fuera no habría aceptado los clavos y los golpes. No le interesa el oro: si así fuera, no habría tolerado verse clavado en un sucio madero. Lo que le interesa a nuestro Dios no es recibir, sino dar. Ofrecerse por completo al mundo.



Un Señor que ama a pesar de todo lo que le hemos hecho y que nos ama tal como somos.

**¿Qué podemos darle a cambio?**

**¿De qué manera seremos capaces de dárselo?**

**N OS DESPEDIMOS DÁNDONOS LAS MANOS TODOS JUNTOS Y MIENTRAS CANTAMOS, y REZAMOS, AL BUEN PADRE el PADRE NUESTRO.**